

CAPITULO X.

Una felicidad inesperada.



El bueno de Matías se levantó muy temprano con ánimo resuelto de regresar á la Rábida, y ya se despedía de maese Repulgo, cuando una vieja que pasó por delante de la puerta, encarándose con el aldeano:

—¿Es ucé Matías Sampayo?

—Sí. ¿Qué se ofrece?

—Querria hablar con ucé dos palabras.

—Aunque sean ciento.

Maese Repulgo, que era un hombre muy comedido, se retiró, dejando á Matías en poder de la vieja.

—Ucé no me conoce, ¿no es verdad? dijo la quintañona.

—No por cierto.

—No hace al caso. Lo único que quiero averiguar, para saber si no me han engañado, es si ucé tiene una hija llamada Inés:

Al oír esta pregunta se sorprendió Matías, y con el mayor interes:

—¿Sabeis dónde se encuentra? le preguntó.

—¿Qué vivo sois, señor Matías! Os he hecho una pregunta y respondeis con otra. Eso no es regular. Contestadme primero, y yo os contestaré despues.

—Pues bien: sí, dijo el aldeano; tengo una hija, y una hija

que se llama Inés, que desapareció hace tiempo de mi casa y no se dónde está. Si lo sabeis, decídmelo, por Dios, y pedidme en cambio cuanto querais. Soy pobre, pero ¿qué no hará un padre por recuperar á su hija?

—Pues bien; yo, que gracias á mi ciencia, porque es mucha . . . y aquí donde me veis, he descubierto, por medio de mis artes, lo que os sucedió y el paradero de vuestra hija; al comprender vuestra afliccion, he venido á buscaros, sin otro objeto que el de poneros en camino de hallar á esa muchacha, que aunque se cree hoy muy feliz, es, sin embargo, más desgraciada que cuando estaba al lado vuestro.

—¿Es decir, que vos sabeis? . . .

—Oíd, y lo sabreis todo.

Vuestra hija, creyendo una patraña que le dijeron unos gitanos, despues de ver que habian salido las cosas tal como se las habian anunciado, se escapó una mañana del pueblo, y no muy léjos encontró á los gitanos que la habian asegurado un porvenir de los más halagüenos.

—«Muchacha, le dijeron, por lo visto te has convencido de que no te hemos engañado.

—«Venia á buscaros, contestó Inés.

—«¿Segun eso, quieres realizar tu destino?

—«Quiero que se cumpla lo que me habeis prometido.

—«Pues nada más fácil, hija mia; pero es necesario que tengas valor para abandonar la casa sin despedirte de tus padres.

—«Eso es cruel, contestó la rapazuela.

—«Y sin embargo, añadió, solo á ese precio podrás venir con nosotros adonde está la corte, y ser, como te hemos anunciado, la esposa de un gran señor que te colme de placeres y riquezas.

—¿Pero todo eso será verdad?

—«Eres muy descreída; ven con nosotros y te convencerás

—«Y á mi padre y á mi madre, ¿cómo los abandono?

—«Pero, tontuela, ¿no conoces que te perdonarán cuando puedas dentro de poco llamarlos á tu lado y darles parte de tus riquezas?

—«Eso sí, teneis razon.

—«Pues nada, nada; déjate de tonterías, y vente con nosotros.»

—Inés luchó; pero al fin siguió á los gitanos.

Se la llevaron á Castilla con el infame objeto, ¡Dios me perdone! de vendérsela á algun noble para que fuese su manceba.

—¡Qué horror! dijo Matías, enfureciéndose al oír aquel relato.

—Pero tranquilizaos, continuó la vieja.

Esta tenia todas las trazas de una bruja.

—En Medina del Campo, donde á la sazón estaban los reyes, un galantuelo vió á vuestra hija y se enamoró de ella. Pero no creais que fué su amor un pasatiempo, nada de eso; al contrario, se convirtió en una verdadera pasión.

Este jóven era el paje de un gran señor.

Conociendo sin duda las intenciones de la gitana, consiguió, por medio de dádivas y ofertas, engañarla, diciéndola que su amo y señor se habia prendado de ella, y que estaba autorizado por él para tratar con la muchacha, así como, si lograba convencerla, ella obtendria doscientas doblas.

El paje obtuvo sin dificultad permiso para ver á vuestra hija, la que en aquella sazón se hallaba enferma y acostada en un mugriento y pobre colchon. Hablóla el paje, y con tal fuego pintóla su pasión, que ella le confesó la escapatoria que habia hecho de vuestra casa y la promesa que la gitana le habia hecho de hacerla una gran señora.

Entónces el paje la dijo que las promesas de la gitana eran una quimera, y lo que queria era venderla á un gran señor. Al oír esto vuestra hija, cayó sobre el colchon anonadada, y extendiendo la mano hácia el paje, le dijo:

—Sálvame, sálvame á toda costa de esa infame gitana.

El paje, sintiendo ruido, se asomó á la ventana, y viendo á la gitana, la dijo:

—Creo que es negocio arreglado, pero aún no he podido convencerla del todo. Mañana volveré.

Al decir esto, arrojó una dobla á la gitana, que se apresuró á recogerla.

Volvióse despues hácia la jóven.

—Tened confianza en mí; mañana volveré, la dijo.

Al dia siguiente el paje volvió, y en nombre de su señor ajustó con la gitana las condiciones con que ésta le cederia la jóven; pero como el dia anterior no habia podido convencerla aún, necesitaba hablar á solas con doña Inés.

La gitana, recordando la dobla que el dia anterior la habia dado, no tuvo inconveniente en acceder á los deseos del paje, y ella misma le abrió la puerta de la habitacion de Inés.

El paje permaneció hablando con ella como una hora; despues, salió diciendo á la gitana:

—Hasta mañana.

¿Qué hablarian los dos?

Nadie lo sabe

Lo cierto es que al cabo de dos ó tres entrevistas que tuvieron desapareció un dia Inés; y cuantos esfuerzos hicieron los gitanos para encontrarla fueron inútiles.

No dudaron al pronto que se hallaba en poder de algun gran señor, y jurando vengarse de la pérfida chica, que de aquella manera les habia engañado, siguieron la corte á todas partes, creyendo que tarde ó temprano la hallarian.

—¿Y la hallaron?

—Sí tal; la encontraron en Córdoba.

—¿Aquí?

—Precisamente, y lo que es más, en compañía del paje.

—¡Eso es horrible! dijo Matías. Yo necesito que me digais dónde se halla, quiero verla. Yo la arrancaré de sus brazos.

—No podreis, el pajecillo es hombre que lo entiende, y entre él y ella han engañado á una señora, que los tiene actualmente á su servicio, ignorando sin duda lo que pasa, porque si lo supiera, es muy buena cristiana y les hubiera arrojado de su casa, dándoles ademas un ejemplar castigo.

—¿Acabarás de decirme dónde está? exclamó Matías con impaciencia.

—Calma, señor Sampayo, calma.

—¿Ignoras que soy su padre?

—Me tratais de mala manera, á mí, que he venido á hacer un favor. . . .

—Perdonad, perdonad mi impaciencia, y decidme dónde se halla.

—No muy léjos de aquí.

—¿Me habeis indicado que está al servicio de una gran señora?

—Teneis buena memoria.

—Decidme su nombre.

—Su nombre y la casa donde habita. Venid, venid.

Y señalando á una casa contigua:

—¿Veis esa casa que tiene encima de la puerta un escudo de piedra?

—Sí.

—Pues bien; en esa casa vive una dama, á quien la reina, nuestra señora, estima mucho, y á quien por sus virtudes y

su belleza respetan en la corte hasta los nobles más libertinos.

—El nombre de esa dama?

—Doña Beatriz Enriquez de Córdoba.

—Y acaso mi hija. . . .

—Inés vive con ella, es su camarista predilecta.

—¡Ah! Gracias, gracias, dijo Sampayo. Pero vos, ¿cómo habeis sabido?

—Eso no hace al caso. Si quereis averiguar algo más que yo sé, venid á verme de cuando en cuando, preguntad por la madre Martina en la judería y os llevarán hasta mi casa.

Antes de separarnos, oid un consejo: procurad que salga vuestra hija de esa casa donde está, aunque tengais que valeros para ello de algun subterfugio, y en cuanto esté en vuestro poder llevadla á mi casa, que yo consultaré las rayas de sus manos y los astros, podré deciros cuál es su porvenir, y si debeis dejarla seguir su suerte ó llevarla á viva fuerza á vuestro lado. Por de pronto, no perdais tiempo.

La vieja desapareció, y Matías se encaminó á la casa que le habia indicado.

Aún estaba la puerta cerrada.

Era muy temprano.

Se resignó á esperar.

—Volvióse á la posada, y aguardó con el alma traspasada de dolor á que pasase el tiempo para volver á ver á su hija.

Lo que sufrió en aquellos momentos el infeliz padre, es indecible.

Se figuraba á su hija seducida, engañada; y al mismo tiempo combatian en su alma la severidad del juez y el cariño del padre.

En esto le sorprendió Colon, y el exceso de su pesadumbre hizo al pobre aldeano buscar consuelo en sus brazos.

Poco despues le refirió cuanto la vieja le habia dicho.

—Antes de dar ese paso, antes de llamar á las puertas de esa casa, debeis informaros, le dijo Colon.

Y llamando á maese Repulgo, los dos le interrogaron acerca de las personas que formaban la servidumbre de doña Beatriz.

Despues de oirle, no tuvo duda Matías.

Su hija Inés era la camarista predilecta de aquella ilustre dama.

Pero al mismo tiempo maese Repulgo le aseguró que Inés era tan bella como virtuosa, y que lo único que habia oido decir era que su ama la profesaba gran cariño, y que protegiendo sus amores con su paje Beltran, aspiraba á enlazarla con él y á contribuir á su felicidad.

Si esto era cierto, con doble motivo debia Matías ir á ver á su hija.

Fué, en efecto, y Cristóbal Colon se quedó en la posada aguardando saber el resultado de aquella entrevista.

Matías llamó á la puerta, y por uno de los escuderos hizo pasar recado á doña Beatriz, anunciándola que acababa de llegar de Santa María de la Rábida, y que deseaba verla.

En aquellos bienaventurados tiempos las damas ilustres madrugaban bastante, lo que quiere decir que doña Beatriz se hallaba en disposicion de recibir al aldeano.

Esta gran señora sabia que su camarista Inés era de la Rábida, y atribuyó desde luego la visita de Matías á alguna negociacion del padre de la jóven.

Por la misma razon quiso recibirle à solas, y mandó al escudero que con las mayores precauciones le introdujese en la estancia y ocultase la venida de aquel hombre á los demas servidores.

Matías Sampayo no tardó en encontrarse delante de una mujer como de veintisiete á veintiocho años, con todo el aspecto de una matrona y la belleza de un ángel.

Vestia un rico traje de brocado.

Las anchas mangas que pendian de sus hombros estaban forradas de blanca y reluciente seda, y sus negros cabellos, caprichosamente adornados con hilos de perlas, contribuian á aumentar los encantos de su rostro.

El aldeano quedó deslumbrado ante aquella mujer, que tanto de extraordinario y de maravilloso ofrecia á sus admirados ojos.

—Me han anunciado que deseais hablarme, dijo doña Beatriz con voz amable y cariñosa.

—Sí, gran señora, artículo Matías.

—¿Y habeis llegado de la Rábida?

—Anoche mismo.

—Eso quiere decir que traeis alguna mision para mí de parte de algun vecino vuestro.

—¡Oh! No, señora; cuando salí de allí no esperaba tener la honra de venir á besar vuestras plantas.

—Entónces ¿con qué objeto habeis venido?

—Permitidme, señora, que os hable con la franqueza de un hombre rudo, pero que vive bajo el peso de una desgracia.

—Habeis despertado mi curiosidad; hablad, hablad; yo soy ahora quien os lo suplica.

—Pues bien, señora; yo soy Matías Sampayo.

—¿Vos? exclamó doña Beatriz.

—¿Por ventura ha oido vuesa merced alguna vez mi nombre?

—Sí, creo que sí.

—Pues bien; el prior de la Rábida me llamó hace tres dias para confiarme la mision de acompañar á Córdoba á un extranjero á quien estima mucho, y cuya suerte desea labrar. Solo por esta causa abandoné mi aldea y me puse en camino. ¡Cuán ajeno estaba yo de que el destino me reservaba, al mis-

mo tiempo que la dicha de saber el paradero de una hija adorada, á quien he perdido hace ya tiempo, el inmenso pesar de saber que esta hija, aunque aparentemente feliz, está labrándose su propia desgracia!

—¿Qué decís? preguntó vivamente doña Beatriz Enriquez de Córdoba. Vuestra hija, señor Sainpayo, no es desgraciada; es, al contrario, muy dichosa, porque yo estimo en mucho sus prendas, y es mi camarista favorita.

—¿Luego no me han engañado?

—No.

—¿Conque mi hija está aquí? preguntó Matías, profundamente conmovido.

—¡Ah! No me priveis de la felicidad de abrazarla. Yo la perdono, porque los que sufren mucho saben perdonar; pero mandad que venga.

—No tardareis en verla. Ella os ama también, y hace ya mucho tiempo que su único deseo es implorar vuestro perdón y colmaros de beneficios.

—He sabido la historia de su vida desde que abandonó la aldea; he sabido que á los pocos días de este suceso, consiguió entrar en vuestra casa á servir; pero ¡ay de mí! ¿acaso no sabéis vos, señora, las relaciones criminales, los lazos desdichados que la ligan á uno de vuestros pajes?

—Os han engañado miserablemente, dijo doña Beatriz. Beltran, uno de mis mejores servidores, joven aún, valiente, honrado, halló á Inés en poder de unos gitanos, que solo deseaban perderla. Se prendó de su hermosura, y no ocultándome nada, imploró mi protección para ella. Yo la traje á mi lado, la empleé en mi servicio, la colmé de distinciones, y á mi lado ha vivido tan honrada como hubiera podido estar al lado de sus padres; Beltran la ama demasiado para querer perderla, y su único anhelo, desde hace mucho tiem-

po, es que yo les dé mi licencia para unirse y volver á la aldea de donde nació á implorar el perdón de sus padres.

—¿Es cierto eso, señora? repetídmelo, ¡por Dios! dijo Matías, cayendo de rodillas á los pies de doña Beatriz.

—Os lo aseguro.

—¿Con qué podré pagaros tanto favor?

—Perdonando á vuestra hija y bendiciendo su unión con Beltran, cuando los reyes, mis augustos amos, accediendo á mis ruegos, den una espada al paje, y pueda volver victorioso de una campaña á merecer la protección de los soberanos y la mía.

—¡Ah! ¡Por piedad, señora, haced que venga mi hija, que yo pueda estrecharla entre mis brazos! Su madre está muriéndose; la pesadumbre de haberla perdido ha minado su salud; pero en cuanto sepa que vive y es dichosa... ¡Ah! que yo la vea, para poder volar al lado de mi esposa y darle parte de la felicidad que inunda mi alma en este instante!

Doña Beatriz mandó llamar á Inés, y cuando ésta se presentó:

—Dios ha escuchado tus deseos, la dijo; ahí tienes á tu padre, que te perdona y te bendice.

Inés, sorprendida, miró al aldeano, y bajando los ojos, corrió á echarse en los brazos que el cariñoso padre le tendía.

—¡Hija de mi alma! exclamó éste.

—¡Padre mio! dijo la joven llorando de alegría y de felicidad.

Beltran, llamado por doña Beatriz, no tardó en presentarse, y besó humildemente la mano del padre de su amada.

Doña Beatriz gozaba en aquellos momentos, porque tenía un corazón generoso, porque verdaderamente profesaba un fraternal cariño á Beltran y á Inés, y tomaba parte en su ventura.

A aquella escena de expansion siguió otra no ménos interesante.

Inés refirió á su padre cuanto le habia pasado; le preguntó por su madre, por su adorada madre, á quien nunca habia olvidado, y cuando Matías le dió algunas señas de la vieja que le habia informado de su paradero:

—Esa infame mujer es la que me robó de vuestro lado, la que quiso perderme, la que sin duda alguna, al ver que Beltran me libró de sus garras, ha querido tenderme un lazo para apoderarse de mí nuevamente, para vengarse de mí bienhechor.

—Yo te aseguro, dijo doña Beatriz, que daré parte á la Santa Hermandad para que la vigile de cerca y se la aplique el castigo que merece.

Tranquilo y satisfecho el bueno de Matías, se acordó de que esperaba su vuelta el viajero, y se despidió precipitadamente de doña Beatriz y de su hija.

—¿A dónde vais?

—El viajero á quien he conducido desde la Rábida me ha tomado tanto afecto, es tan bueno, que al saber lo que me sucedia, aunque ha venido á pretender á la corte, aunque tiene gran interés en presentar cuanto ántes las cartas que el prior de Santa María de la Rábida le ha dado para que le atiendan en la corte, se ha quedado en la posada inmediata aguardándome para saber el resultado de esta entrevista, y no lo dude vuesa merced, gozará tanto al saber mi felicidad como si fuera la suya propia, porque ademas de ser muy sabio, tiene un corazon de los más generosos del mundo.

—¿Y es extranjero? preguntó doña Beatriz con curiosidad.

—Sí, señora; es de Génova.

—¿Y no sabéis cuáles son los deseos que le traen á la corte?

—Entiende mucho de astros, es un gran navegante, y yo no sé qué he oido decir de nuevas tierras que se propone descubrir. ¡Oh! Es un hombre superior. Si vuesa merced le viera y le oyera explicarse. Pero voy, voy con vuestra licencia, porque estará impaciente.

—Si tanto le estimais, dijo doña Beatriz, si fray Juan Perez de Marchena le recomienda á la corte, persona de valía debe ser, y podeis indicarle que si en alguna ocasion necesita de mi apoyo, puede contar con cuanto soy y cuanto valgo.

—Gracias, gracias, señora, dijo Matías, que no sabia cómo agradecer á aquella ilustre dama los beneficios que le habia dispensado.

Colon aguardaba, en efecto, con impaciencia al aldeano.

Cuando supo lo que habia pasado, ardió en vivos deseos de conocer á aquella mujer bondadosa, que desde el dia anterior, y sin poder explicarse la causa, vivia en su pensamiento.

Matías Sampayo repitió las palabras de doña Beatriz, y aun cuando parecian ofrecimiento cortesano, no las olvidó Colon.

Pero le urgia muchísimo presentarse á fray Fernando de Talavera, persona á quien más directamente le habia recomendado el prior de la Rábida, y felicitando á Matías por su ventura, se despidió de él, reiterándole su afecto y los ofrecimientos que anteriormente le habia hecho.

Más tarde conoceremos á fondo el carácter de doña Beatriz y su historia. Tambien sabremos los motivos que la impulsaban á proteger á Beltran y á profesar aquel entrañable cariño á Inés.

Abandonémoslas ahora, lo mismo que á Matías Sampayo, el cual, sin pérdida de tiempo se puso en camino para la aldea, adonde deseaba llegar, con el objeto de comunicar á su

esposa y á todo el mundo lo que le habia pasado, y sigamos á nuestro héroe en la nueva peregrinacion que emprendió para conseguir que la corona de España aceptase la rica joya que aspiraba á ofrecerle.

CAPITULO XI.

Una carta de recomendacion.



POBREMENTE vestido, pero revelando, á pesar de su pobreza, la superior inteligencia de que estaba dotado, se encaminó Colon hácia la mezquita, convertida en templo católico, para averiguar dónde vivia fray Fernando de Talavera, superior del monasterio del Prado, confesor de la reina, y que, por lo tanto, acompañaba en todas sus expediciones á la corte.

Martin Carrasco se prestó á acompañarle hasta la iglesia, porque conocia todas las calles y enrucijadas de la ciudad, y podia dispensarle aquel favor.

Pero una vez delante del atrio de la antigua mezquita, vió á varios compañeros, y se separó de Colon para ir con ellos á hablar de sus batallas pasadas y de sus belicosas esperanzas futuras.

Colon preguntó á unos acólitos que habia en el atrio dónde podria encontrar á fray Fernando de Talavera, y éstos le encaminaron hácia el Palacio Viejo, que era donde se hospedaba el confesor de la reina.

El ilustre genovés se dirigió á uno de los pajes de su eminencia, y le suplicó que anunciase á fray Fernando de Talavera su llegada con una carta de recomendacion de fray Juan Perez de Marchena, superior del convento de la Rábida.

—Muy grande amigo es de su eminencia, dijo el paje, y voy al punto á participarle vuestros deseos.

CAPITULO ALFONSO

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA